

ECUADOR-MÉXICO

UNA TRAGICOMEDIA DE EQUÍVOCOS, EXAGERACIONES Y VILEZAS

Galo Galarza

Fui Embajador del Ecuador en México desde octubre de 2006 hasta julio de 2012, prácticamente el sexenio que duró el gobierno calderonista, con unos meses de foxismo, ambos de la misma tienda política: la derecha mexicana, representada por el PAN (Partido de Acción Nacional). Fue mi primera misión diplomática como embajador, después de una carrera de más de treinta años en el Servicio Exterior ecuatoriano que me llevó a vivir y trabajar en siete países de diversos continentes. Me nombró embajador en ese país, norteamericano por la geografía y latinoamericano por la historia, el doctor Alfredo Palacio Gonzáles, con quien trabajé casi un año, en el área de relaciones internacionales, cuando él era vicepresidente de la República. Después llegó el gobierno de Rafael Correa, quien me ratificó en la función de embajador y fue, realmente, un gran reto profesional representar a un gobierno de izquierda ante uno de derecha y mantener en óptimas condiciones las relaciones diplomáticas, aun en los momentos más álgidos.

Ese sexenio de vida en México (los Estados Unidos Mexicanos, como se llama oficialmente) me permitió conocer algo de la fascinante historia y cultura de un país entrañable, al que dediqué muchas páginas que están contenidas en un libro inédito. Esperemos que algún día vea la luz. Allí reproduzco y amplío el discurso que di cuando terminé mi misión diplomática; un largo estudio sobre las relaciones históricas entre Ecuador y México, desde su constitución como repúblicas hasta entrado el siglo XXI, publicado parcialmente en la revista AFESE del Servicio Exterior; y, un extenso informe de labores sobre mi gestión diplomática, con algunos anexos.

Por eso, cuando desperté en Quito la mañana del 6 de abril de 2024, con la noticia de que, casi en la media noche del día anterior, un contingente armado había irrumpido violentamente en la Embajada de México acreditada en Ecuador, ubicada cerca del estadio olímpico Atahualpa de esta ciudad, y había sacado a golpes al asilado que allí se refugiaba, el exvicepresidente Jorge Glas, al tiempo que también golpeó y agredió a los diplomáticos mexicanos que se encontraban ese momento

haciendo guardia, especialmente al Jefe de Cancillería/ Encargado de los asuntos políticos, ministro Roberto Canseco, quien tuvo una valiente actitud, que quedó registrada en cámaras. Creí que se trataba de una broma que me estaba jugando mi mujer, quien había escuchado primero la noticia. Revisé mi teléfono celular y encontré al menos una decena de mensajes de amigos que me comentaban igualmente asombrados e indignados la noticia. El presidente Daniel Noboa Azin había ordenado, en efecto, que se cumpliera esa acción para detener al exvicepresidente, quien se encontraba refugiado en esa misión diplomática y a quien el gobierno de Andrés Manuel López Obrador había dado, el día anterior, la condición de asilado.

El ingenuo o ignorante o impulsivo —no encuentro otras palabras— joven mandatario ecuatoriano, había dado esa orden sin medir las consecuencias que se iban a producir en el curso de las próximas horas, días y meses. Su ministra del Interior, Mónica Palencia, mexicana de nacimiento y ecuatoriana por naturalización, se había excusado de participar en tan torpe acción, como ella misma declaró ante la Comisión de Asuntos Internacionales de la Asamblea Nacional del Ecuador, aduciendo su nacionalidad mexicana. La ministra de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana (vaya nombre), Gabriela Sommerfeld, absolutamente ignorante igualmente en asuntos internacionales, pero, supongo, asesorada por diplomáticos de carrera, también habría advertido a Noboa de las consecuencias, según declaró en algún medio local. Es decir, la decisión de enviar un piquete de soldados, policías y pesquisas para que se meta por la fuerza a la sede de la misión diplomática mexicana fue única y exclusiva responsabilidad suya, del “Excelentísimo Señor Presidente de la República del Ecuador”. Y así lo asumió el joven mandatario, con desparpajo, en un comunicado y en declaraciones posteriores. “A mí no me tiembla la mano”, dijo en un alarde de ese machismo del que suelen vanagloriarse algunos seres tropicales y oscuros. “No me arrepiento de nada, dijo días después, en una entrevista con un medio internacional, estoy del lado correcto de la historia”.

¿Por qué procedió así Noboa? ¿Por qué dio una orden tan inconsulta que violaba claramente las disposiciones legales



internas y externas sobre el derecho de asilo y las sacrosantas normas del derecho internacional sobre la inviolabilidad de las misiones diplomáticas, de las cuales nuestro país fue uno de sus más acérrimos defensores a lo largo de su historia? ¿Pensó que con eso se fortalecía a nivel local en su lucha contra el crimen organizado y que al vivir en un estado de “guerra interna” se podía hacer cualquier cosa? ¿Alguien le empujó a tan bárbara acción, un asesor calenturiento de esos que ahora pululan por Carondelet, convenciéndole que Glas saldría escondido en un baúl hacia México? ¿Quiso pasar a la historia como el presidente ecuatoriano que se atrevió a dar una orden que ni Pinochet en las épocas más sombrías de la dictadura chilena lo hizo? ¿Creyó que esta acción le daría un triunfo asegurado en la próxima consulta popular y en la reelección del próximo año? Vaya usted a saber cuántas cosas pesaron en la cabeza y corazón de *Daniel el Travieso*, como le llaman a sus espaldas sus aduladores.

Sea lo que haya sido, el daño está hecho. Las relaciones diplomáticas entre dos pueblos hermanos quedaron rotas, con todas sus nefastas consecuencias. Una relación de 187 años, impulsada en sus orígenes por Vicente Rocafuerte, nuestro primer presidente civilista y el primero nacido en territorio ecuatoriano; que no se interrumpió ni siquiera cuando García Moreno aplaudió la invasión francesa a México, o cuando los gobiernos conservadores ecuatorianos de los años veinte y treinta del siglo XX, acusaron a los representantes diplomáticos mexicanos de alentar la subversión y la anarquía. Una relación de las más sólidas en la región latinoamericana que parecía indestructible, recordemos que México fue el único país latinoamericano que elevó su voz de protesta cuando Perú cercenó gran parte de nuestro territorio oriental y que, a lo

largo del tiempo, se crearon vínculos en todos los campos, a través de más de un centenar de convenios y mecanismos de cooperación, pero todo, todo se fue por un caño en pocos minutos cuando el joven Noboa dio esa inconsulta orden, y, al día siguiente, López Obrador dispuso el rompimiento de relaciones diplomáticas con Ecuador. Antes, México solo lo había hecho con los gobiernos dictatoriales de Franco, Somoza y Pinochet. ¡Qué deshonra para el joven mandatario ecuatoriano, quien se cree del lado correcto de la historia, estar en ese cuadro!

¿Pudo evitarse este rompimiento? Por supuesto que sí. Hay culpabilidades mutuas. Hubo, como título a este artículo: equívocos, exageraciones y vilezas. Equívocos porque aparentemente había una excelente relación entre ambos países, cuando en verdad había mutuos recelos. México había dado antes refugio en su país a varios integrantes de la llamada Revolución Ciudadana, integrantes del gobierno del presidente Rafael Correa, quien gobernó Ecuador por el lapso de una década. En los gobiernos de Lenin Moreno (antiguo aliado de Correa que se convirtió en su más acérrimo enemigo) y Guillermo Lasso (un continuador de las políticas de Moreno), más de una decena de ex funcionarios del gobierno de Correa, entre ellos el excanciller y exministro de Defensa, Ricardo Patiño, y la presidenta de la Asamblea Nacional, Gabriela Rivadeneira, obtuvieron refugio en territorio mexicano. Sobre algunos de ellos pesaban ya sentencias condenatorias emitidas por la justicia ordinaria ecuatoriana. Ellas y ellos se consideraron, sin embargo, perseguidos políticos, fruto del odio de la Fiscal General de la República, Diana Salazar. El gobierno de López Obrador, por su parte, vio siempre en los gobiernos de Moreno, Lasso y Noboa, con los que le tocó interactuar en su sexenio presidencial, una presencia

de la más acérrima derecha latinoamericana, defensores del neoliberalismo a ultranza.

Sin embargo, tanto en México como en Ecuador, estaban acreditados dos excelentes embajadores: en Quito, Raquel Serur, académica de la UNAM, mujer de gran calidad humana y magníficos dotes intelectuales, viuda del filósofo ecuatoriano Bolívar Echeverría; y, en México, Francisco Carrión, excanciller de la República, experimentado diplomático de carrera, nieto del gran escritor Benjamín Carrión, quien tuvo un especial apego por México. Llegó allá don Benjamín como exiliado político, recibió el premio Benito Juárez, y después fue dos veces embajador. Hizo amistad con José Vasconcelos y otros escritores y artistas mexicanos. Escribió muy bellas páginas sobre la amistad ecuatoriano-mexicana. Por ello, cuando estuve como embajador en México, inauguramos con el entonces alcalde de Ciudad de México, Marcelo Ebrard, un hermoso monumento en bronce de Benjamín Carrión, donde se lo ve jugando ajedrez. Está colocado en la muy antigua plaza de la Veracruz, frente a La Alameda, muy cerca del palacio de Bellas Artes, entre los museos Franz Mayer y el de la estampa. Tanto Raquel Serur como Francisco Carrión, dos queridos y respetados amigos, por cierto, estoy seguro, pusieron su impronta para mantener activa la relación pese a los mutuos recelos y resquemores.

Francisco terminó su misión diplomática en diciembre de 2023, presentó su renuncia ante el gobierno de Noboa, y retornó al Ecuador. El gobierno ecuatoriano no nombró inmediatamente su reemplazo, tamaño primer error. A mediados de ese mismo mes, el ingeniero Jorge Glas Espinel, exvicepresidente de la República, quien debía comparecer ante la justicia ecuatoriana acusado de varios delitos y con sentencias ejecutoriadas, se refugió en la sede de la embajada de México en Quito, donde permaneció en calidad de “huésped”. Argumentó que su vida corría peligro si regresaba nuevamente a una cárcel ecuatoriana. Y aquí se produjo el siguiente gran error. Si México lo consideraba un perseguido político debió darle pronto la condición de asilado y, de lo contrario, no debió recibirlo en la sede diplomática. Recordemos que hace unos años el expresidente de Perú, Alan García, que en paz descansa, solicitó asilo en la embajada de Uruguay acreditada en Lima, y el presidente Tabaré Vázquez, quien gobernaba ese momento Uruguay, pese a tener similares concepciones ideológicas en algunos aspectos, le negó porque consideró que tenía cargos con la justicia ordinaria y no era un perseguido político. Si lo mismo hacía López Obrador con Glas, nada hubiese ocurrido. Hoy seguirían las relaciones entre nuestros dos países en los mismos términos.

Pero no ocurrió así. Ecuador siguió pidiendo a México que entregue a Glas a la justicia y el gobierno mexicano respondía siempre que estaba estudiando el tema del asilo.

Incluso, al parecer, se constituyó una comisión que viajó al Ecuador para obtener más información sobre el incómodo “huésped”. Pasaron los días, las semanas y los meses. Tanto en México como en Ecuador se encendieron las campañas electorales. En México se aproxima la elección presidencial. En Ecuador se planteó, una consulta/ plebiscito presentada por Noboa, fundamentalmente sobre temas de seguridad, trabajo por horas y arbitrajes internacionales, en la que, de alguna manera, se juega su futuro político.

El presidente López Obrador, en uno de sus informes mañaneros, el día 3 de abril de 2024, hizo unas imprudentes e innecesarias declaraciones en las cuales cuestionó las últimas elecciones presidenciales celebradas en Ecuador. Dijo que la candidata correísta, (Luisa González), iba muy adelante en las encuestas, pero que el asesinato de un candidato (Fernando Villavicencio), le dio el triunfo a Noboa. Lo dijo tal vez a modo de advertencia de lo que eventualmente podría ocurrir en México. El presidente Noboa, sin embargo, tomó muy a pecho esta declaración y, al día siguiente, declaró *Persona non Grata* a la embajadora Raquel Serur. Una reacción a todas luces exagerada y desproporcionada. Lo lógico era que se le entregue una nota de protesta, como se acostumbra en estos casos. Otro tamaño error. Resulta interesante leer el testimonio que dio Raquel Serur sobre los momentos de tensión vividos en Quito, a raíz de estas decisiones. Fue publicado en el diario *El País*, de España, y en otros medios.

Al siguiente día, López Obrador volvió a la carga en otra mañanera y dijo que no actuaría como el gobierno ecuatoriano, al que calificó veladamente de “facho”, y que enviaría un avión para que traiga a México a la embajadora Serur, al tiempo que anunció que se concedía asilo político a Jorge Glas. Otro error, porque a todas luces apareció como una venganza. Eso prendió las alertas en Ecuador y el joven presidente se dejó convencer de que en ese avión que vendría de México se llevarían a Glas, y él y la justicia ecuatoriana quedarían burlados, como ocurrió con la fuga a Venezuela de la señora Ángeles Duarte, otra exfuncionaria del gobierno de Correa, acusada por actos de corrupción, quien también permaneció algún tiempo en la residencia del embajador argentino en Quito, en calidad de “huésped”. El gobierno de entonces, el del banquero Guillermo Lasso, quedó sumamente cuestionado por ello. Se retiraron los embajadores de Buenos Aires y Quito, pero no se llegó al rompimiento de relaciones diplomáticas.

Ese mismo día, 5 de abril de 2024, cerca de la media noche, Noboa ordenó que un piquete de soldados ingrese por la fuerza a la sede de la embajada mexicana y aprese a Glas, como hemos señalado ya en este artículo. El mayor

de los errores y el que puso al gobierno de Noboa en la mirada indignada del mundo.

El gobierno mexicano anunció, inmediatamente, el rompimiento de relaciones diplomáticas con Ecuador, y la canciller Alicia Bárcena, una experimentada diplomática, al contrario de la novata canciller ecuatoriana, dispuso una serie de acciones para llevar a nuestro país a la picota y presentarlo como un estado delincuente en la arena internacional. ¡Qué vergüenza! Anunció que presentó una demanda ante la Corte Internacional de Justicia, entre cuyos pedidos se solicita la expulsión temporal de Ecuador de las Naciones Unidas (algo que suena también completamente desproporcionado e irrealizable), recordemos que en la historia del organismo, si no me equivoco, se expulsó a Taiwan (para reemplazar su asiento por el de la República Popular China), y a Sudáfrica (por el tema del apartheid). Sin embargo, en otros ámbitos, el Consejo Permanente de la OEA ya emitió una fuerte resolución de condena a Ecuador, la CELAC (Comunidad de Estados Latinoamericanos y del Caribe), en la voz de varios jefes de Estado, hizo lo propio, al tiempo que la Unión Europea, Canadá, Estados Unidos y otros países, de una u otra forma, han condenado también la acción del gobierno ecuatoriano. El expresidente Rafael Correa, desde Bruselas, donde tiene su residencia, igualmente se unió a ese coro de condenas y pidió a la comunidad internacional que sancione al Ecuador por esta acción. Eso sirvió para que se lo tilde de “traidor a la Patria” y la ministra de Trabajo del gabinete de Noboa presente una demanda en ese sentido. En México, por otro lado, el diputado Gerardo Fernández Noroña, del Partido Morena, presentó una denuncia ante la Fiscalía mexicana, pidiendo que se detenga y extradite al presidente Noboa, por el delito de secuestro al exvicepresidente Glas y el asalto a la embajada mexicana. Seguían las exageraciones.

Mientras tanto, a nivel interno, salieron a florecer las peores villanías, tanto en México como en Ecuador. Los odios políticos, las mentiras, las intrigas, los memes, las burlas, la xenofobia, el cerco mediático. A Jorge Glas se lo recluyó en la cárcel “La Roca”, de alta seguridad, ubicada en la ciudad de Guayaquil. Allí, se dijo, intentó suicidarse y se declaró en huelga de hambre. Declaró que lo habían golpeado salvajemente cuando lo sacaron de la embajada mexicana. Siguió saliendo acusaciones en su contra. La Fiscal General ecuatoriana dispuso que se revise sus teléfonos celulares. En un tribunal de Miami en el que se ventila el caso del excontralor Carlos Polit, salieron otras acusaciones contra Glas. Un representante de la empresa brasilera Odebrech declaró que había entregado fuertes sumas al exvicepresidente, como coimas. Correa y sus partidarios seguían y siguen argumentando que estas acusaciones son montajes sin fundamento, fruto de la persecución política.

Las primeras consecuencias del rompimiento de relaciones diplomáticas, ya se comenzó a sentir. Grupos de migrantes ecuatorianos que atraviesan territorio mexicano, en su intento desesperado por llegar a los Estados Unidos, fueron secuestrados por las temibles bandas de narcotraficantes, sin que nadie se conduela por ellos. Las votaciones que debían realizarse en los recintos electorales de Ciudad de México y Monterrey, relacionados con la consulta popular de Noboa, se suspendieron por falta de garantías. El acuerdo comercial que se negocia desde hace algún tiempo quedó suspendido. Las inversiones mexicanas comienzan a declinar, en el último año cayeron en un 82%. Las personas que necesitan obtener visas u otros documentos para viajar a México se encuentran en serios aprietos, muchos acuerdos culturales que estaban en vigencia o en marcha han quedado paralizados, igual que acuerdos de cooperación en otras áreas, principalmente en los encaminados a llevar una lucha común y coordinada contra el narcotráfico. Nicaragua también rompió relaciones diplomáticas con Ecuador, Venezuela y Honduras retiraron sus diplomáticos de Quito, y Colombia canceló importantes reuniones binacionales.

No veo una pronta solución a esta tragicomedia que daña la hermandad de dos países latinoamericanos. Una vez que se presentó la demanda en la Corte Internacional de Justicia no hay cabida a los acuerdos bilaterales. Noboa, en su soberbia, no quiere pedir una disculpa pública, como señala una de las exigencias de la demanda mexicana. Por el contrario se ratifica en lo hecho, porque según él eso lo pone del “lado correcto de la historia”, aunque declaró —no sé si en serio o en broma— a una agencia de noticias australiana que cuando desee el presidente mexicano podrían sentarse a conversar comiendo ceviches y tacos. Creo —y espero equivocarme— que este rompimiento irá hasta después de las elecciones presidenciales en ambos países. En México asumirá la presidencia la nueva mandataria (todo hace indicar que será una mujer) el 1 de octubre de 2024. En Ecuador asumirá la presidencia el o la nueva mandataria el 24 de mayo de 2025, después de las elecciones generales de febrero de ese mismo año. Entonces, ojalá, se intercambien embajadores o embajadoras de alto nivel y se comience a reconstruir paso a paso la sólida amistad entre dos países hermanos, que nunca debió romperse.

Quito, 16 de abril de 2024 🇪🇨

Galo Galarza Dávila. Escritor y diplomático ecuatoriano. Ha representado a su país en Nicaragua, Cuba, Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia. Fue Embajador del Ecuador en México de 2006 a 2012. Posteriormente, fue Subsecretario de América Latina y El Caribe del Ministerio de Relaciones Exteriores y Movilidad Humana del Ecuador. Fue también Embajador del Ecuador en Uruguay. Es autor de varios libros de narrativa, como *En la misma caja* y *La dama es una trampa*, y coautor del libro *Ecuador en el mundo, 1830-2006*. Su obra consta en varias antologías de relato ecuatoriano e iberoamericano. Miembro del Consejo Editorial de *Archipiélago*.